



ONCE HISTORIAS DE TERROR DEL MUNDO MÁGICO

Relatos *del ala* prohibida



Sociedad Española
del Mundo Mágico

Relatos del ala prohibida





Sociedad Española
del Mundo Mágico

Relatos del ala prohibida

Once historias de terror del mundo mágico

Un proyecto de la Sociedad Española del Mundo Mágico (SEMM), asociación de fans de *Harry Potter* que fomenta la magia y la literatura fantástica en España. Los relatos nacieron del reto de Halloween de su comunidad en Discord: once historias escritas, e ilustradas, por quienes forman parte de ella.

Primera edición: Halloween 2026.

Textos © de sus autores: Evil_Hufflepuff, Duna Kumika, Marta, Roxxan Campbell, Kreacher Lodois, SdeSlytherinS, Lady_Spagueti, Lily_aurn, Taxmin, Anna_Raw_Sca, Pablo.

Ilustraciones © de sus autores: Lily_aurn, Roxxan Campbell, Lady_Spagueti, Duna Kumika, SdeSlytherinS, Mer, Escarbato, Javi, Kreacher Lodois, SarySprout, Ari Mulam Varitas.

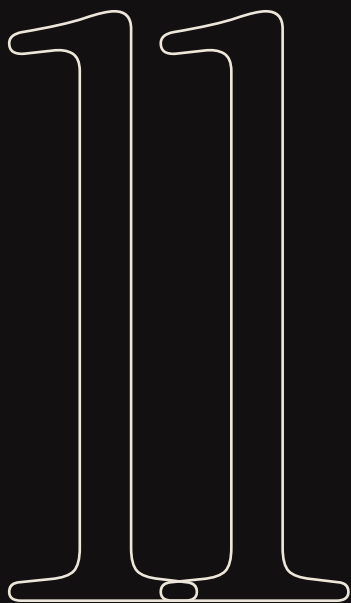
Obra de fans, gratuita y sin ánimo de lucro. El universo de *Harry Potter* y sus personajes pertenecen a J. K. Rowling y a sus titulares de derechos; este libro no está afiliado ni respaldado por ellos.

sociedadmundomagico.org

ONCE HISTORIAS DE TERROR DEL MUNDO MÁGICO

Relatos del ala prohibida





11 RELATOS

11 ILUSTRACIONES

16 FIRMAS

1 NOCHE

Índice

01	The Black House	6
	EVIL_HUFFLEPUFF · LILY_AURYN	
02	La sombra del Invernadero 4	16
	DUNA KUMIKA · ROXXAN CAMPBELL	
03	Compañero perfecto	23
	MARTA · LADY_SPAGUETI	
04	Una leyenda más	31
	ROXXAN CAMPBELL · DUNA KUMIKA	
05	Manías de anciano	40
	KREACHER LODOIS · SDESLYTHERINS	
06	La paz de la luna	48
	SDESLYTHERINS · MER	
07	El último recuerdo	54
	LADY_SPAGUETI · ESCARBATO	
08	El castigo	63
	LILY_AURYN · JAVI	
09	La tienda de las cosas perdidas	68
	TAXMIN · KREACHER LODOIS	
10	El reflejo en la Torre de Astronomía	75
	ANNA_RAW_SCA · SARYSPROUT	
11	Hoy no	83
	PABLO · ARI MULAM VARITAS	



URBEX 47

The Black House

Escribe

EVIL_HUFFLEPUFF

Ilustra

LILY_AURYN

Tengo un canal de YouTube. Publico *urbex*: expediciones a lugares abandonados. Concretamente a los que, en los foros, llaman «em-brujados». Es mi trabajo, después de todo. Vivo de esto. No sé si llamarlo suerte o maldición, pero tengo talento, valentía y, además, mis seguidores dicen que soy de esas personas supersensitivas. Que capto cosas que otros no. Y no les puedo negar lo evidente.

Escribo esto relatando mi última expedición. Está filmada y publicada, obviamente. Pero esta vez he sentido que no salía con vida. Y me ha dado miedo pensar que algún día me pudiera pasar algo y nadie entendiera el motivo real. Que todo quedara en «YouTuber de 32 años aparece muerto en una casa abandonada» y se achacara a un descuido mío o a un derrumbe. No. Quiero que quede constancia de lo que puede suceder y que ningún medio pueda tapar la realidad.

Este fue mi caso 47. Can Busquets, Girona. No soy de la zona, pero viajo mucho y con mucha facilidad. Este lugar me llegó un día cualquiera, como si fuera cosa de magia. Me bastó una búsqueda en foros de *urbex* para estar ahí. De pie, frente a la puerta.

El coche lo dejé aparcado a veinte minutos andando. El camino dejó de serlo como a cinco minutos de la casa y tuve que hacerlo yo con las botas. La puerta estaba abierta de par en par, pero no me atreví a entrar así como si nada. Algo me decía que esta vez debía ser muy cauteloso. Hice una pasada aérea con el dron, buscando discernir algo a través de las ventanas. No había nada. Curiosamente, eso no me tranquilizó en lo más mínimo. Más bien lo contrario. Una ubicación perdida en el bosque, de la que dicen que está embrujada, y sin un solo movimiento... parecía estar invitando a que alguien entrara. Lo pedía a gritos.

Cuando me armé de valor para cruzar el umbral, esperaba el típico *jumpscare* de las películas. No sucedió nada. Y eso me causó más incomodidad todavía.

Al entrar, una señal clara de que aquella casa tenía algo viviendo en ella: no había un solo grafiti en ninguna pared. Miré el reloj.

—Las 20:47 —dije en un susurro.

Era momento de empezar a grabar. Saqué de la mochila la cámara y la linterna y empecé a recorrer la casa. Nunca grabo el exterior. Así evito que la gente encuentre el lugar.

Entrada, cocina, salón, sala de estar, lo que parecía un estudio. Mientras recorría las estancias sentía que algo estaba en la casa. Detrás de mí, todo el rato. Al girarme no había nada, y la sensación volvía a aparecer a mis espaldas. Como si algo se hubiera agarrado a mi nuca y no me quitara el ojo de encima. Seguí. Estaba en ese lugar precisamente por eso.

Dejé el sótano para el final. Es lo más aterrador y lo que la gente más espera ver. Si quieres retención, lo mejor se guarda.

En la planta de arriba, dos dormitorios. En uno, una cuna. Un baño completo. Otro estudio. Entré. Era de las pocas estancias, en todas mis expediciones, que estaba tan completa. Y eso, una vez más, daba miedo. Como si alguien realmente viviera ahí. Cotilleé un poco: cajones, estanterías, el armario. Me detuve frente a él. Parecía haber arañazos, camuflados entre las vetas de la madera. Al centrarme tanto en enseñar esas marcas no me di cuenta de lo que había a mis pies y pisé un maldito patito de goma.

El susto fue instantáneo. Ese estúpido juguete me dio un vuelco al corazón y, encima, inquietud. Si de verdad la casa tenía algo... ¿lo habría oído? ¿Sabía ahora que yo estaba ahí? ¿Que ninguno de los dos estaba solo?

Me quedé en silencio varios segundos, de espaldas al armario, mirando la puerta por la que había entrado, esperando un ruido al que anticiparme. Y, para mi pesar, algo se dejó oír. Fuera. En el pasillo. El sonido bajó a la planta baja. Y en la planta baja...

—Claro —me dije—. No podía ser de otra forma.

El sótano.

Descendí con sumo cuidado. Según bajaba, hacía más frío. El vaho me salía de la boca como si estuviéramos en Polonia. Algo parecido me había pasado en la expedición 14. Sinceramente, casi habría preferido que esta fuera como la 14.

Estaba preparado para el miedo. Abrí la puerta despacio y barrí con la linterna en todas direcciones, buscando algo que me erizara el cuerpo entero.

Y ahí estaba.

De pie. En medio del sótano. Frente a mí. Como un espejo. Un espejo que no te devuelve la cara: te devuelve lo que hay detrás.

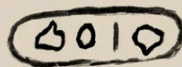
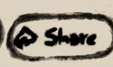


Urbex 47- The Back House



Urban
Explorers

Subscribe



Imagina que te dan miedo los payasos y una noche de carnaval te encuentras con uno, cara a cara. Es incómodo. Luchas por dentro para no salir corriendo. Y aun así sabes que hay una persona detrás del disfraz.

¿Qué haces el día que te encuentras con lo que más miedo te da... y no es humano?



Lo que había en el sótano tenía mi altura. Mi chaqueta. La misma correa barata de la cámara cruzándole el pecho. Hasta el corte de pelo. Pero la cara no terminaba de ser una cara. La piel estaba lisa donde deberían estar los ojos, como arcilla a la que se le ha olvidado el gesto. No me miraba. No porque no quisiera: porque no había nadie detrás de esa frente a quien mirar.

Di un paso. El de enfrente no lo dio. No respiraba. El vaho era solo mío.

En el suelo, junto a sus botas — mis botas —, había un recorte de periódico doblado. Lo vi sin agacharme, porque la linterna se empeñó en él:



El canal llevaba semanas sin subir vídeo. La foto era un rectángulo gris. Sin rostro.

Abrí la boca para decir mi nombre. Lo tengo ensayado: lo digo al principio de cada vídeo, lo digo cuando pido *like*, lo digo para que el

01 algoritmo no me olvide. En el sótano el nombre no salió. No es que se me trabara la lengua. Es que se me hizo raro llamarme a mí mismo. Tragué mi propio nombre, junto a la poca saliva que se me había quedado en la boca, con esa cosa plantada en mitad del cemento.

Que no hiciera nada incrementaba la tensión. No puedes anticiparte a algo que no se ha movido aún, no sabes qué tan veloz es o qué tan impredecible se puede volver. Es por eso que prefería el caso 14. Pasas un mal rato, sí... Pero esos casos son siempre el mismo *modus operandi*. Terminas sabiendo cómo van a actuar y sabes anticiparte. Esto no. Esto era la prueba de que se puede ser aterrador sin siquiera mover un dedo. Era como ver mi propio miedo a desaparecer. Ser olvidado. Sin drama: sin grito, sin sangre, sin que nadie abra un nuevo vídeo. Frente a mí me tenía a mí mismo, pero sin ser nada.

El olvido.

La figura inclinó la cabeza finalmente. El movimiento fue el mío, el que hago cuando reviso el encuadre. En el visor que colgaba de su pecho —de mi pecho— la pantalla no enseñaba el sótano. Enseñaba un recuento: cero reproducciones. Cero comentarios. Un canal sin nombre. Y en el centro del fotograma no estaba yo. Estaba el hueco de donde yo debería haber estado.



Sentí la nuca otra vez. Uno de los escalofríos más fuertes que había sentido recorrió desde lo más bajo de mi espalda hasta un poco más arriba del cuello. Esta vez no era una sensación. Era la certeza de que, si parpadeaba demasiado, esa cosa podría aparecer frente a mí en un instante o peor... desaparecer. Si desaparecía, ya sí que no podría anticiparme a nada. Me obligaría a estar en alerta máxima y eso me haría entrar en pánico en poco tiempo. Retrocedí. Sin pestañear, aunque los ojos se me secaran y escociera.

La cosa no corrió. No tuvo que correr. Cuando giré el marco de la puerta hacia la escalera y pisé el tercer peldaño, ya estaba asomado en el marco de la puerta. Misma chaqueta. Misma no-cara. El periódico ya no estaba en el suelo. Estaba en su mano.

Subí de dos en dos. En la planta baja me concedí el valor de darle la espalda para salir corriendo hacia la puerta de entrada. La de par en par, la que me había invitado, ya no estaba abierta. Estaba ocupada. El mismo cuerpo, encajado en el marco, sin tocar los quicios, como si la casa lo hubiera puesto ahí de tapón. No avanzó hacia mí. No hacía falta. El propio miedo que me había generado ya se estaba convirtiendo en una trampa de la que me costaba salir. Poco a poco el pánico parecía querer salir, ganaba fuerza.

Giré al salón. Estaba en el umbral del salón. Giré a la cocina. Estaba junto al fregadero, con las manos apoyadas donde yo habría apoyado

las mías para recuperar el aire. No era que se moviera rápido. Era que aparecía donde yo iba a mirar, un segundo antes, para que entendiera que daba igual todo lo que intentara. Daba igual quién era... Si no hay nadie que te nombre, nadie te recuerda. Si nadie te recuerda, nadie te puede echar en falta cuando faltes.

«La puerta de atrás», pensé en un instante. Salí al patio. Lo crucé sin mirar si la figura había salido conmigo. Oí el patito de goma otra vez, una sola vez, como si esa cosa se riera con lo único que yo había pisado. Salté la valla. La madera me raspó las palmas.

El bosque no parecía él mismo; era el camino que yo había hecho con las botas, ahora demasiado largo. No oí pasos detrás. Oí la ausencia de ellos. Y eso es peor, porque no puedes calcular la distancia de algo que no pesa.

Llegué al coche con la cámara todavía colgando, grabando el suelo, mi respiración, el cinturón que no acababa de entrar. No miré el asiento del copiloto hasta haber arrancado. Estaba vacío. Por supuesto que estaba vacío. Lo insoportable fue aliviarme por ello.

Subí el vídeo al día siguiente. Recorté el exterior, como siempre. Dejé el patito. Dejé el vaho. Dejé el sótano hasta el corte, justo antes de que el encuadre se quedara demasiado quieto. El título se escribió solo: la casa pedía visitas y las visitas dan de comer. A las pocas horas el contador se movió. Comentarios. Mi nombre, repetido. Existía otra vez.



A los tres días, el vídeo había alcanzado la viralidad. Y ese mismo día un golpe repetido en el cristal de la ventana llamó mi atención. Una lechuza gris, con una carta en el pico. Sin sello de correos. Siempre me emociona ese momento, es lo más cerca a recibir aquella carta de Hogwarts que jamás llegó... El papel interior era breve, como los otros cuarenta y seis:

47 recibida.
Contención realizada la pasada noche.
Buen trabajo.

Advertencia: minuto 16:47. En el armario del estudio se lee la etiqueta «No abrir. Boggart».
Recorta el fotograma antes de que el algoritmo lo agrande.

Recuerde mantener el Estatuto del Secreto.

No firmaba nadie. Pero sabía que, al girarme hacia la mesa, ya habría varios galeones como pago por esta tarea. Guardé la carta con las demás.

El vídeo sigue *online*, con el minuto 16:47 un segundo más corto de lo que fue. En los comentarios siguen diciendo que soy supersensible. Que capto lo que otros no. Lo capto, sí. Lo que no pueden ver los muggles lo llaman «fantasma», «demonio»... Cualquier nombre les sirve para poder dormir tranquilos. Para nosotros, aunque no tengamos el don, tienen muchos más nombres.

Tengo un canal de YouTube. Publico urbex: expediciones a lugares abandonados. Concretamente a los que, en los foros, llaman «embruados». Es mi trabajo, después de todo. Vivo de esto. No sé si llamarlo suerte o maldición, pero tengo talento, valentía y, además, mis seguidores dicen que soy de esas personas supersensitivas. Que capto cosas que otros no. Y no les puedo negar lo evidente... Si otra ubicación aparece por arte de magia y lo pide, habrá un caso 48.





La sombra del Invernadero 4

Escribe

DUNA KUMIKA

Ilustra

ROXXAN CAMPBELL

¿Conocéis la leyenda del Invernadero 4? El colegio sostiene que se halla en ruinas, pero nadie explica por qué borraron su número de los mapas ni por qué los pájaros esquivan su techo de cristal. Dicen que a medianoche sus cristales laten con una luz extraña... y que la puerta no se cerró para impedir que entres, sino para evitar que lo que echa raíces abajo consiga salir.

Año 1976. El ciclo escolar comenzó como cualquier otro para la mayoría en Hogwarts. Salvo para Lyra. Permanecía encorvada al final de la mesa, masticando en silencio mientras las risas crueles de sus compañeras de casa cruzaban el Gran Comedor. Un velo de pelo azul intentaba ocultar sus lágrimas. Volver había sido una pesadilla. Tras un año entero convertida en el blanco de un acoso implacable, el pánico a que su tercer curso fuera un infierno idéntico la consumía por dentro.

Las semanas transcurrían bajo una sombra constante. Las «bromas» no eran más que ataques encubiertos: zancadas a la traición, proyectiles de papel impactando contra su nuca, empujones violentos contra la piedra fría... Lyra tragaba el veneno en silencio, aterrorizada de que cualquier protesta detonara una violencia peor.

Una tarde, mientras huía a ciegas por los pasillos con los pasos de sus acosadoras pisándole los talones, se deslizó hacia la penumbra de uno de los invernaderos. Agazapada bajo una mesa de madera húmeda, contuvo el aliento hasta que las voces pasaron de largo. Solo entonces, en la soledad del recinto, la tensión se rompió en un estallido insostenible de sollozos.

Fue entonces cuando, entre la hojarasca muerta, una pulsación de luz cortó las sombras. Lyra se aproximó con sigilo. Se topó con una planta de aspecto cadavérico, seca y marchita, pero de cuyo capullo emergía un destello azulado e hipnótico. Llevada por un impulso irracional, rozó la flor. Una sacudida eléctrica le atravesó la espina dorsal. De pronto, la pesadez de su pecho desapareció. Una ligereza casi antinatural disipó todo dolor, dejando un vacío helado pero extrañamente placentero. Ante sus ojos, el capullo se abrió en abanico, revelando pétalos de un amatista profundo degradado en azul que custodiaban un núcleo latente.





Desde esa noche, el Invernadero 4 se convirtió en su santuario. Una ajada etiqueta en la maceta revelaba su nombre, *Sympathia umbra*, pero ninguno de los libros de la biblioteca revelaban nada en absoluto sobre la especie. Lyra comenzó a registrar sus propios descubrimientos en un diario: la criatura no solo reaccionaba a sus heridas emocionales, se alimentaba de ellas para florecer. En cuestión de meses, el crecimiento de la planta se volvió agresivo, anormalmente acelerado. Pero el peligro no le importaba.

Lyra había caído en una adicción absoluta. Al terminar el día, tras soportar el tormento diario, buscaba el contacto del vegetal, le murmuraba sus miserias y sentía cómo la flor le absorbía la pena. Sin embargo, su mente empezó a retorcerse. Empezó a encarar a sus agresoras con una frialdad nueva. Ellas respondían con más saña, pero en el interior de Lyra germinaba algo sombrío. Un veneno latente. Hacía noches que una misma pesadilla la desvelaba: las raíces de la criatura no estaban en la maceta, sino que se ramificaban como venas por los cimientos profundos del colegio. Aquello era solo un sueño imposible... ¿verdad?

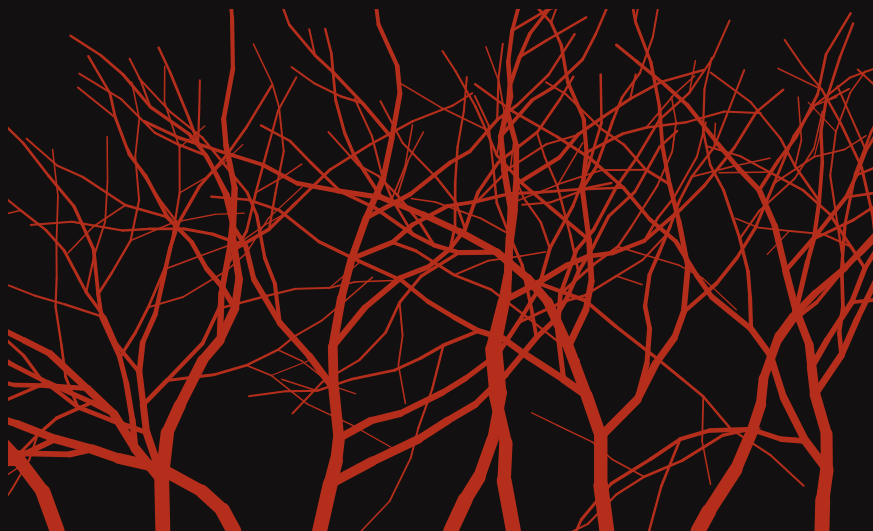
Un día, la contención se rompió. Lyra entró en el invernadero cegada por una rabia inmensa. Sus acosadoras le habían robado y destrozado un trabajo crucial del que dependía su aprobado. Al intentar explicarse, el profesor simplemente la ignoró y la suspendió sin más. La furia, la impotencia y los susurros de venganza que salían de su boca fueron absorbidos de golpe por la *Sympathia umbra*, creando una mutación aterradora. Sus pétalos cambiaron a un tono negro y rojo carmesí, sus raíces traslúcidas fracturaron el suelo de piedra para hundirse en el abismo, y el aire del recinto se volvió denso, sofocante, cargado de una presencia que provocaba un verdadero pánico.

Al rozar los nuevos pétalos carmesí, una punzada le atravesó la piel. La *Sympathia umbra* ya no se conformaba con emociones: exigía sangre. Espinas microscópicas le perforaron las muñecas y, en cuestión de días, finas venas negras con forma de enredaderas y brotes de flores oscuras comenzaron a abrirse paso bajo la piel de Lyra, marcándola como su huésped permanentemente.

Poseída por el vínculo mental de la criatura y cegada por una furia letal, Lyra sucumbió a los susurros de la planta. Durante los meses siguientes, atrajo a sus acosadoras una a una hasta la penumbra del Invernadero 4, entregándolas al banquete de raíces sedientas que aguardaban bajo el suelo.



Las misteriosas desapariciones terminaron por encender las alarmas en el castillo. Cuando los profesores finalmente irrumpieron en el lugar, encontraron a una Lyra irreconocible, cubierta de marcas vegetales y fusionada al núcleo de la flor. Al comprender que no podían salvar a la alumna sin despertar al horror subterráneo que se alimentaba abajo, sellaron la puerta con cadenas y hechizos de contención antiguos, sepultando a Lyra para siempre en la oscuridad de la que nunca debió salir.





Compañero perfecto

Escribe

MARTA

Ilustra

LADY_SPAGUETI

La luz de las antorchas proyectaba sombras largas sobre las estanterías de la biblioteca. Tristan, acorralado por la desesperación de no tener a nadie en Hogwarts, rebuscaba entre los tomos más olvidados con una idea fija en la cabeza: encontrar un hechizo, un encantamiento, lo que fuera para no pasar otro invierno solo. Fue entonces cuando lo vio. Entre dos volúmenes de Historia de la Magia, un libro de tapas de cuero ajado parecía haber sido colocado justo para él. El título en el lomo simplemente decía: *Amicus Vinculum*.

Al abrirlo, las letras temblorosas prometían algo reconfortante: «Para el alma solitaria que camina sin compañía por el castillo. Para invocar al compañero perfecto».

Buscando un lugar donde nadie pudiera interrumpirlo, el colegio pareció responder a su necesidad. En el séptimo piso, frente al tapiz de Barnabás el Chiflado, apareció una puerta de madera negra que nunca antes había visto. La Sala de los Menesteres lo recibió como una bóveda de piedra fría, en penumbra, aislada del resto del mundo.

El primer día, el libro mostró el primer paso:

I *Entrega tu esencia para que conozca tu aroma en las sombras. Quema la tela de quien busca ser encontrado.*

Corpus non ex nihilo fit

Tristan sacó un pañuelo de su túnica, impregnado del olor a lavanda de su detergente y a su propio sudor. Prendió una vela y lo dejó arder en un cuenco de peltre. El humo no ascendió; cayó al suelo como una niebla pesada y densa, reptando como una serpiente hasta colarse por las grietas de la pared. Tristan sonrió. Sintió un cosquilleo cálido en el pecho. *Funciona*, pensó. Alguien venía.

Lo que Tristan no llegó a leer fue la pequeña nota en la esquina inferior, casi borrada por la humedad: *Corpus non ex nihilo fit* —el cuerpo no se crea de la nada.

Al segundo día, el libro exigió el segundo paso:

II *El compañero necesita un canal para hablarte. Déjale la puerta abierta y pronuncia la llamada tres veces ante el abismo.*

Tristan subió a medianoche a la Torre de Astronomía. El viento helado golpeaba su rostro mientras abría la pesada puerta de madera que daba al vacío. Mirando a la oscuridad de la noche, susurró tres veces con esperanza:

«Ven, la puerta está abierta.
Ven, la puerta está abierta.
Ven, la puerta está abierta».

Al pronunciar la última palabra, un escalofrío recorrió su espina dorsal, pero no vio ni escuchó nada.

Apenas unos minutos después, un chico de tercer año que andaba sonámbulo por la torre caminó hacia la puerta abierta y cayó al vacío. A la mañana siguiente, el colegio entero amaneció conmocionado por la trágica muerte.

Cuando Tristan volvió a la Sala de los Menesteres esa noche, desde la oscuridad de la pared, una voz gruesa y distorsionada resonó entre las piedras:

—*Gracias... por la puerta...*

El tercer día, el texto decía:

III

Busca los espejos de la memoria. Tráelos para que el compañero pueda reflejar tu rostro.

Tristan pensó en los anteojos de montura redonda de su compañero de dormitorio, que siempre los dejaba sobre la mesilla con los cristales tan pulidos que parecían pequeños espejos donde reflejarse. Esperó a que se durmiera para adueñarse de ellos. Al dejarlos sobre el altar de la sala, los cristales absorbieron la luz de las velas y se volvieron completamente negros. A su vez, dos puntos de luz blanca comenzaron a parpadear en la sombra de la pared.





MAGIA
ESCURA

AMICUS
VINCULUM



Ya casi está, se dijo Tristan con el corazón latiéndole de emoción. Mañana no comeré solo.

A la mañana siguiente, los gritos sacudieron el dormitorio de Gryffindor. El dueño de los anteojos había despertado completamente ciego; sus ojos estaban intactos, pero la capacidad de ver le había sido arrebatada, dejando sus pupilas teñidas de blanco ceniza.

El cuarto día trajo el ritual final:

IV *Crea la envoltura. Moldea la carne de la tierra para que el compañero camine a tu lado.*

Tristan bajó a las orillas del Lago Negro y recogió arcilla pesada y húmeda. Durante horas, dentro de la Sala de los Menesteres, dio forma a un torso, dos brazos y un rostro sin rasgos. Le parecía algo rudimentario, un simple muñeco de entrenamiento como los que usaban en clase de Duelo.

Mientras él moldeaba la arcilla, unos pisos más abajo, la magia del ritual consumía la fuerza vital de otro estudiante. Su cuerpo colapsó sobre sí mismo en un charco de masa inerte e irreconocible.

—*Ya puedo ir contigo...* —raspó la voz desde el fondo de la sala.

La figura de arcilla del suelo crujió y comenzó a erguirse. Se puso de pie revelando un ser monstruoso de dos metros de altura. No tenía la apariencia de un niño. En su rostro deforme brillaban con intensidad las luces robadas del chico de Gryffindor, y cuando abrió la boca, la voz que salió fue el eco distorsionado del estudiante encontrado al pie de la torre.

Tristan dio un paso atrás, un terror helado le congelaba la sangre. De pronto, la realidad de las desgracias de los últimos días encajó en su mente con un golpe brutal.

—*¿...Quién eres?* —susurró con la voz temblorosa—. *El libro... el libro decía que me daría un amigo. Un compañero para no estar solo...*

La criatura se inclinó sobre él. Sus garras de tierra y hueso pulido se cerraron con una fuerza aplastante alrededor del cuello de Tristan, levantándolo del suelo como si no pesara nada y arrastrándolo hacia la grieta de la pared que comenzaba a sellarse.

*—El libro no mintió... —siseó la voz grotesca,
pegando sus ojos blancos al rostro aterrorizado del
niño—. Decía que habría un compañero. Pero yo
llevaba siglos atrapado aquí... y tú eres perfecto para
hacerme compañía.*

Un último tirón seco ahogó las súplicas de Tristan. Tras ellos, la pared de piedra se cerró con un chasquido pesado, absorbiéndolos en la oscuridad, sin dejar rastro.

A la mañana siguiente, en la penumbra de la biblioteca, entre dos tomos olvidados de la Historia de la Magia, un volumen de cuero ajado reposaba en la estantería, esperando paciente a que otra alma solitaria saliera a buscarlo.





Una leyenda más

Escribe

ROXXAN CAMPBELL

*Ilustra*DUNA KUMIKA

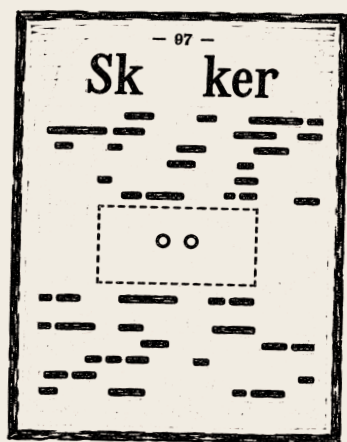
Todo estudiante conoce el Bosque Prohibido que está junto al colegio de Hogwarts. Y todos conocen las historias y leyendas que se cuentan sobre él, sobre las criaturas que viven escondidas entre las sombras que crean los enormes árboles y sobre los alumnos que una vez entraron y nunca regresaron a la seguridad del colegio.

Siempre me gustó investigar y leer sobre las leyendas de los lugares que me rodean. Merlín sabe que me encanta. Mi pueblo está repleto de leyendas antiguas que se les cuentan a los niños para que se comporten. Pero las del Bosque Prohibido siempre llamaron más mi atención que cualquier otra. Sobre todo por las diferentes desapariciones que ocurrieron entre sus árboles a lo largo de la historia del colegio.

Aquel día, me encontraba caminando distraídamente por la biblioteca de Hogwarts, mi mano derecha acariciando los lomos de los libros de la sección de Historia general. Roxxan, una amiga mía, estaba estudiando en una mesa cercana mientras yo iba a lo mío. Tampoco es que estuviera haciendo mucho caso a los libros a mi alrededor, pero un tomo, más fino que los demás, captó mi atención. Lo tomé sin dudar,

abriéndolo. Al parecer, era un libro sobre leyendas relacionadas con el Bosque Prohibido y su impacto a lo largo de los años.

Me senté enfrente de mi amiga, hojeando el libro por encima, leyendo cada título de las leyendas que ya conocía sobre el bosque y las criaturas que habitaban en su interior. Aunque una, en la página 97, me hizo parar de pasar las páginas. Era una página normal y corriente, como las demás. El único problema era que aproximadamente el 70 % de la tinta había desaparecido, como si la mismísima escritura hubiera decidido no dar información sobre esta criatura. El título no era más que letras sueltas, «Sk...ker», junto con algo de texto que daba muy poco de trasfondo.



La página hablaba sobre una criatura que habitaba el bosque desde mucho antes que Hogwarts, una criatura de la que apenas había información, más allá de vagas advertencias de que las pocas personas que la vieron volvieron... extrañas. Diferentes. El dibujo no era mucho mejor. Una criatura pálida, alta, encorvada y con ojos vacíos. Daba escalofríos, no voy a mentir.

No le di mucha más importancia, terminando el libro un rato más tarde. Roxxan se había ido, ya que quería volver a su cuarto y descansar, así que me había quedado solo. Era media tarde para entonces, y como aún quedaban un par de horas para el atardecer, decidí ir a dar un paseo por el bosque, tratando de ver si me encontraba con algo interesante.

Afuera hacía fresco, nada inusual para Escocia en otoño, por lo que me ajusté mi bufanda de Ravenclaw y me adentré por un pequeño sendero que Hagrid usaba habitualmente. Tampoco me quería perder. El camino fue tranquilo, aunque el aire se notaba algo más cargado de lo normal. Pronto llegué al pequeño río que cruzaba el bosque, sentándome en una roca y viendo a una pequeña familia de puffskeins al otro lado de la orilla haciendo su vida. Era pacífico y muy tierno, la verdad. Los puffskeins siempre—

CRACK
CRACK

Me giré, sobresaltado. Había escuchado una rama partirse cerca de donde me encontraba. No era inusual, pero sí se sintió... deliberado, de alguna manera. Como si alguien hubiera caminado de puntillas, intentando pasar desapercibido. Para cuando me volví a girar, los puffskeins habían desaparecido. Genial. Me levanté con un suspiro, tomando el camino de vuelta antes de que se hiciera... *Espera*. Me froté los ojos, ya que me pareció haber visto algo esconderse rápidamente detrás de un árbol.

Un escalofrío me recorrió toda la espalda, uno de los fuertes. No perdí el tiempo, aceleré el paso, mi mirada fija en el camino que usé para llegar, porque detrás de mí, dos ramas más se habían partido bajo

el peso de *algo*. No. No era detrás de mí, sino a mi izquierda. Y cuando alcé la vista, pude sentir mi sangre bajar hasta los pies. Unos metros más allá, una criatura me devolvió la mirada, pálida, anémica, encorvada, con ojos más vacíos que el abismo, y tenía unos dientes afiladísimos. Entre sus garras llevaba muerto lo que parecía ser un hipogrifo. Parecía que esa cosa, fuera lo que fuese, había arrancado parte del plumaje y la piel del pobre hipogrifo, dejando ver tendones y músculos ensangrentados.

No tuve tiempo ni de procesarlo cuando aquella criatura chilló. Un sonido tan agudo que me dolió hasta en los ojos. Pero mi cuerpo reaccionó más rápido de lo que nunca había hecho, puramente bajo la adrenalina y el terror, como si algo dentro de mí ya supiera que era correr o acabar como el hipogrifo. Corrí sin mirar atrás, escuchando pisadas fuertes que me daban a entender que aquella cosa me estaba persiguiendo, y rápido. Demasiado rápido. Más rápido que cualquier criatura que hubiera visto en mi vida.

Mis pulmones parecían a punto de reventar con todo el esfuerzo de no dejar que esa... cosa me atrapara. Ardían, aunque la necesidad de que no me atrapara era más fuerte que el cansancio. Gracias a Merlín, no me quedaba nada para atravesar el hechizo protector alrededor del colegio. Eran solo unos metros. Aceleré, algo que pensé imposible para mi cuerpo, pero justo segundos antes de atravesar el hechizo, la criatura me arañó la espalda, dejando marcas profundas que sangraron enseguida. Me desplomé, mi cabeza golpeando una roca saliente en el suelo. Lo último que vi fue a esa cosa, parada detrás de mí, mirándome con esos ojos vacíos.





Habían pasado ya varios días desde aquello. Me dijeron que Hagrid fue quien me encontró justo a centímetros de la barrera, inconsciente, con tres cortes importantes en la espalda y la cara pálida, como si hubiera visto un fantasma. Me recuperé rápido, gracias a la ayuda de Madame Pomfrey, la enfermera del colegio. Aunque aquella tarde dejó secuelas. No volví al bosque para nada, ni siquiera para la clase de Cuidado de Criaturas Mágicas.

Una vez más, me encontraba en la biblioteca con mi amiga, ambos sentados en la mesa estudiando. Roxxan era la que más me había ayudado en mi recuperación, revisando mis heridas y cuidando de que no me dieran ataques de pánico por ver simples sombras en la periferia de mi visión. Pero, justo cuando tomé mi pluma y empecé a pasar mis apuntes de Pociones a limpio, Roxxan habló. La miré fijamente con los ojos abiertos como platos. Sus palabras hicieron que me congelara por completo, mi estómago anudándose dolorosamente y un escalofrío recorriendo mi espalda.

—¿Jordan? ¿Desde cuándo eres...
zurdo?





Manías de anciano

Escribe

KREACHER LODOIS

Ilustra

SDESLYTHERINS

Me llamo Augustus H. Black, descendiente indirecto de la «famosa» casa de los Black, la que heredó el ahijado de Sirius. A mí me tocó un apartamento muggle en Luton y una vida que no daba para Londres. Por eso desconfié cuando un notario me escribió sobre otra casa Black, heredada de un tío abuelo, Cassian Black, del que nunca había oído hablar. Debería haber desconfiado más de lo que ponía al final de la carta: «Se ruega no retirar nada de las paredes».

La finca de Harrowmere estaba a las afueras de Hawkhurst, al final de un camino que ningún muggle parecía recordar. Desde la verja, la mansión era una ruina gótica de ventanales rotos, de esas que salen en los reportajes sobre lugares abandonados. «Uff, esto necesitará algo más que un simple *Fregotego*», pensé, sacando mi varita. Cuando pasé la verja, los cristales se veían enteros, cerrados por dentro, como si la casa contuviera la respiración. Un cosquilleo en la nuca me reveló el *Repello Muggletum*, como un hechizo de buena factura que, por supuesto, no iba dirigido a mí. «¡Qué suerte! ¡Mi propio hechizo antimuggle!», pensé. De todas formas, debería haber sido hecho por un mago de gran poder, ya que me había confundido antes de entrar. La mansión estaba limpia

y en perfecto orden, como para entrar a vivir, menos una sala al final del pasillo en la que encontré una pizarra y un pupitre diminuto que nadie se había molestado en retirar desde los tiempos en que aquello fue una academia para las pequeñas brujas Black. Las paredes estaban cubiertas de marcas de tiza y runas apretadas, una sobre otra. «Manías de anciano», pensé. Borré una con la manga, por probar. No pasó nada. Me pareció una señal excelente.

Esa primera noche conté las runas antes de dormir: catorce. No era un número mágico ni cabalístico, así que no me preocupé. A la mañana siguiente eran quince, aunque la que no había visto anoche estaba tan desvaída que bien podría llevar allí desde 1850. El pupitre había cambiado de sitio, apenas un palmo, pero lo bastante para que tropezara con él distraído por el ruido de unas pequeñas pisadas que se oían desde arriba.



Achaqué aquel ruido a un elfo doméstico que aún no se había dado a conocer. ¡*Buen elfo!* La sala del fondo estaba siempre más fría que el resto, sin ventana ni corriente que lo explicara. La tercera noche encontré, junto al pupitre, una runa nueva escrita con una tiza de un color que yo no había visto entre las que se amontonaban en la pizarra.

A la mañana siguiente busqué respuestas donde debí buscar desde el principio: entre los papeles del despacho. Encontré un baúl con cartas sin enviar, firmadas por Cassian, todas dirigidas a un tal Edmund que, según la última, llevaba quince años muerto. La letra se volvía más apretada con cada carta, hasta que las palabras se amontonaban unas sobre otras, como las runas de las paredes. En la última, apenas legible, mi tío abuelo escribía:

«Los símbolos los creo yo. Siempre he sido yo. No hay nada más en esta casa que mi propio miedo, y ya estoy cansado de dibujarlo».

Respiré, quizá por primera vez desde que había cruzado la verja. Un anciano solo, quince años hablando con un muerto, cubriendo las paredes de su propio terror hecho símbolo. No había magia oscura ni presencia alguna: solo la cabeza de un hombre que se apagaba despacio, sin nadie que lo viera.

Pasé la tarde borrando símbolos, uno a uno, como quien limpia una casa después de un funeral. Al llegar a la runa nueva —la de la tiza que no reconocía— dudé un segundo, por respeto más que por miedo. La borré también.

Oí más pisadas pequeñas, apresuradas, del otro lado del vestíbulo. «El elfo», pensé, casi con ternura: por fin iba a conocer a mi inquilino más discreto. Lo busqué por el pasillo, por la sala del fondo, junto al pupitre, por el piso de arriba. No encontré nada, ni rastro de él, aunque las pisadas seguían sonando, ahora más cerca, ahora más lejos, como si el propio Harrowmere jugara conmigo.

Volví a la sala sin aliento. Todas las runas volvían a estar dibujadas.



MANSION
HARROWMERE



Incluso la que borré al principio. Y, por primera vez desde que crucé la verja, no encontré ninguna explicación con la que quedarme tranquilo. Volví a borrarlas todas con una inquietud que antes no existía.

Cansado, me fui a dormir. «Si acaso, mañana...», me dije para tranquilizarme. No lo conseguí. Estuve dando vueltas en la cama intentando coger el sueño. Hubo un momento en que creí que un par de ojos grandes me vigilaban desde la puerta. «Debe ser el elfo», pensé, pero no lo tenía muy claro. ¿Por qué querría un elfo vigilarme sin descubrirse? De todas formas, no creí que tuviera mucha importancia: todos sabemos lo raros que pueden llegar a ser en su servitud. Tampoco se me pasó por la cabeza que hubiera nada peor. Sabía distinguir la magia buena de la mala, o eso me dije, y con esa certeza a medias, por fin, me dormí.

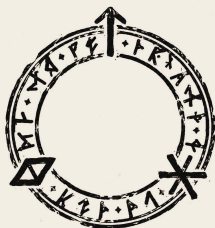
A la mañana siguiente bajé para seguir investigando, pero me interrumpió un sonido que ya me resultaba familiar. Volví a oír aquellas pisadas, pequeñas y apresuradas, al otro lado del vestíbulo. Esta vez no me limité a pensar en el elfo: fui tras él. Lo encontré en la sala del fondo, subido al pupitre, tiza en mano, terminando de redibujar las runas que yo había borrado.

—No pretendía engañar al amo —dijo, sin volverse, con la voz apretada de quien lleva años ensayando la misma disculpa—. La mayoría son más. Las hice para que el amo Cassian durmiera tranquilo, y luego para que también durmiera tranquilo el nuevo amo.

No supe si reñirle o abrazarlo.

—No te preocupes, no pasa nada —le dije. Apartándolo con cuidado, cogí un trapo y fui borrando las runas una última vez. Él no hizo ningún gesto para volver a dibujarlas.

Detrás del retrato de una bruja que parecía ser una de las directoras de la antigua academia, encontré tres runas que no se parecían a las demás: más pequeñas, más antiguas, dispuestas en un círculo perfecto que ninguna mano temblorosa habría podido trazar. Las borré antes de que el elfo pudiera detenerme.



—Esas no son más —dijo, y por primera vez en toda la noche pareció asustado de verdad. Se cubrió los ojos con las manos, como si lo que iba a pasar no soportara ser visto ni siquiera por él.

Me quedé petrificado. De pronto sentí frío, un frío distinto a todos los de esa casa, y un susurro detrás de mí que no llegué a entender. Algo se acercaba y no sabía qué podía ser. Intenté volverme, pero...

Me llamo Augustus H. Black, y ahora
soy el fantasma de Harrowmere.



06



La paz de la luna

Entre los ecos de la batalla, la venganza está saldada

Escribe

SDESLYTHERINS

Ilustra

MER

La batalla termina,
el castillo se apaga.
Entre humo y cenizas,
mi alma descansa.

Ya no escucho los gritos,
ni hechizos, ni espadas.
Por primera vez en años,
siento que no me falta nada.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?



Te lo cuento,
si aún quieres escuchar.
Aunque algunas historias
es mejor no recordar.

Aquella noche lo perdí todo,
mi amor, mi hogar, mi vida.
Y mientras todos celebraban,
yo lloraba su partida.

Después vino el rechazo,
las miradas, el temor.
Para ellos ya no era humana,
solo una criatura de horror.

Me quedé sola y perdida,
sin saber dónde ir.
Hasta que otros como yo
me enseñaron a sobrevivir.

Entre lobos encontré refugio,
una familia, un nuevo hogar.
Dejé de temer a la luna,
y aprendí con ellos a aullar.

Pero el dolor nunca desaparece,
aunque intentes fingir que se olvida.
Cada año más crece
lo que comenzó siendo una herida.





Pasaron los años,
y llegó una nueva guerra.
El Oscuro reunió a los suyos
para conquistar la tierra.

Me ofrecieron una elección:
luchar o seguir huyendo.
Regresé a aquel castillo,
buscando acabar con mi sufrimiento.

Hogwarts ardía,
la noche volvía a temblar.
Entre sombras y hechizos,
lo volví a encontrar.

Me reconoció al instante.
Sus ojos dijeron mi nombre
sin necesidad de hablarme.

Por un momento pensé
que había llegado su hora,
pero un destello rosado
hizo que todo cambiara.

Su mujer.
Su vida.
Su hogar.

Él comprendió mi mirada
y se interpuso entre las dos.
Pero yo ya había decidido
a quién le tocaría el dolor.



No quería matarlo,
quería verlo sufrir,
que conociera aquella ausencia
que me obligó a sobrevivir.

Un hechizo.
Un grito.
Y después,
silencio.

Y en los ojos de Lupin
vi la noche que un día
también había visto en los míos,
cuando mi mundo se rompía.

Entonces comprendí
que mi deuda estaba saldada.
Había devuelto su dolor,
y mi venganza estaba acabada.

Mientras el castillo seguía luchando,
yo me alejé de sus ruinas,
dejando atrás todo lo que estaba pasando,
mientras la noche cerraba sus heridas.



Y aquella noche,
cuando todo parecía acabar,
la luna volvió a brillar,
y otro lobo empezó a aullar.





El último recuerdo

Escribe

LADY_SPAGUETI

Ilustra

ESCARBATO

Apocos días de su jubilación, el veterano aurore Silas Blackwood seguía trabajando hasta tarde en los archivos de asesinos del Ministerio de Magia. Ambicioso como buen Slytherin incluso después de treinta años de servicio, no estaba dispuesto a terminar su carrera sin un último gran caso que demostrara que aún podía superar a cualquiera de sus compañeros.

Aquella noche, mientras revisaba antiguos expedientes de criminales, encontró una sección que no recordaba haber visto nunca.

Estaba apartada del resto y protegida por varios encantamientos. «Esto no me detendrá», pensó Silas, y tras varios intentos y contrahechizos consiguió acceder a los archivos. En su interior había una colección de recuerdos extraídos de un asesino en serie cuyo nombre había sido borrado de los registros.

Sobre la caja había una única advertencia:

PELIGRO. NO ACCEDER A LOS RECUERDOS

El aurore sonrió: después de tantos años, una advertencia no iba a detenerle. Llevó uno de los recuerdos hasta un pensadero. La sustancia plateada se arremolinó en el recipiente como humo líquido.

Se inclinó sobre él, y entró.



Apareció en una habitación oscura. Frente a él, el asesino caminaba tranquilamente, preparando todo lo necesario para su siguiente crimen. El auro observó cada movimiento, memorizando detalles que podrían haber permanecido ocultos durante años.

El asesino era metódico, no mostraba nervios ni remordimiento. Parecía seguir un ritual que había repetido muchas veces. Entonces ocurrió algo extraño. Se detuvo. Muy despacio levantó la cabeza y miró directamente a Silas. Durante unos segundos ninguno de los dos se movió. El asesino sonrió.

— Por fin —dijo con voz tenebrosa.

Después continuó con su tarea como si nada hubiera pasado.

El auro sintió un escalofrío. Aquello era imposible: los recuerdos no podían verlo. Eran imágenes de algo que ya había sucedido.

Decidió salir y, apurado, buscó el punto por el que había entrado, pero no lo encontró. Caminó por la habitación, abrió una puerta y al otro lado estaba la misma habitación. Cerró la puerta y volvió a abrirla, pero ahí estaba otra vez la misma habitación. El asesino ya no estaba allí.



Entonces escuchó una respiración detrás de él, y se giró lentamente.

El asesino estaba sentado tranquilamente en una silla, observándolo.
—¿Buscando la salida?

El auror retrocedió. Intentó recordar el archivo. El Ministerio. El pensadero... pero algo no encajaba. No conseguía recordar dónde había dejado su varita, ni cuánto tiempo llevaba allí. Incluso estaba olvidando por qué había entrado.

Entonces vio las paredes. Había decenas de recuerdos almacenados en pequeños recipientes de cristal y cada uno llevaba un nombre. Nombres de otros aurores, algunos los reconocía. Todos habían desaparecido durante antiguas investigaciones.



Volvió a mirar al asesino, que empezó a sonreír.

—Ahora lo entiendes.

El auror, con rabia, corrió hacia él, pero justo antes de alcanzarlo la habitación desapareció y se encontró de nuevo frente al pensadero. Pero esta vez no estaba fuera, seguía dentro.

A la mañana siguiente encontraron a Silas desplomado junto al pensadero. Su cuerpo seguía vivo, pero no reaccionaba a ningún hechizo ni palabra. Uno de sus compañeros se inclinó sobre el recipiente para averiguar qué había ocurrido. Dentro del recuerdo, Silas estaba sentado en el suelo de una habitación vacía.

—¡Blackwood! —gritó su compañero.

Silas levantó la cabeza. Durante un instante pareció reconocerlo, su expresión cambió como si acabara de encontrar por fin una esperanza. Entonces miró detrás de él. Y señaló. El compañero se giró asustado, pero no había nada. Se volteó de nuevo y vio a Silas negando lentamente con la cabeza. Entonces movió los labios. El compañero no pudo oírlo, pero entendió perfectamente lo que había dicho:

«No dejes que te vea».





El castigo

Escribe LILY_AURYN

Ilustra JAVI

Ni siquiera había hecho algo grave, solo me había reído —ni siquiera sabía por qué— durante la clase de Defensa Contra las Artes Oscuras. Pero el profesor se había puesto hecho un basilisco y me había castigado después de clase.

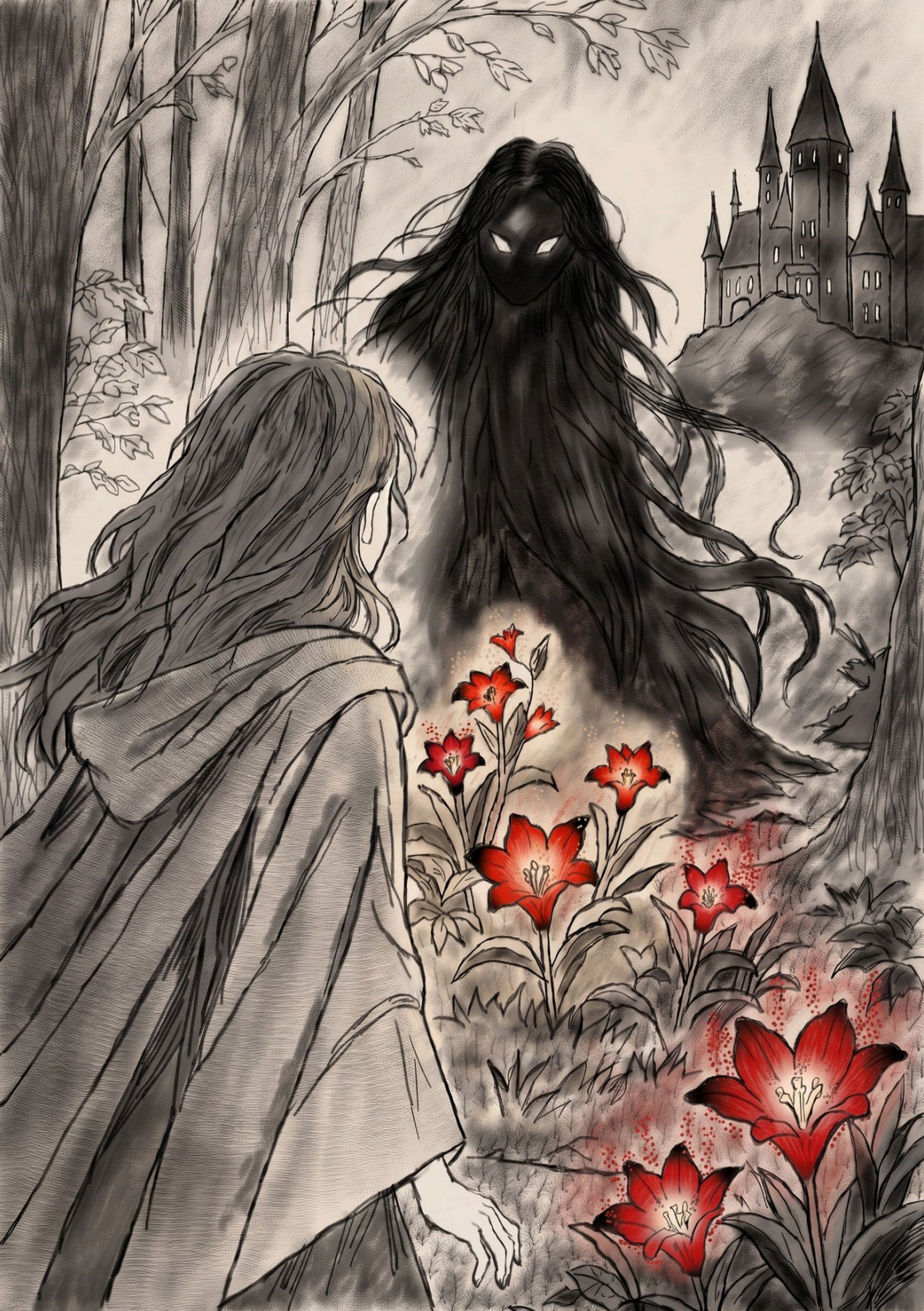
Fui a su despacho y había una nota:

●

Reúnete conmigo en el bosque, por la entrada sur: vamos a recoger ingredientes.

Temblé ante la idea de entrar al Bosque Prohibido, pero fui igualmente: no quería que me expulsasen por desobedecer una orden directa.

La brisa fría de octubre removió mi capa y me hizo temblar de nuevo, mientras me adentraba por el camino junto al castillo.



Los susurros del viento entre las hojas de los árboles, las pisadas de las criaturas que allí habitaban, todo parecía susurrarme para que me fuese, pero seguí adelante.

Entonces lo escuché: una voz llamaba mi nombre, junto a unas flores azules brillantes en un claro un poco más adelante de donde me encontraba.

Me resultaba familiar y repetía mi nombre, casi como una canción.

Cuando llegué al claro, las flores cambiaron de color a un naranja intenso y la voz susurró en mi oído:



«Es el momento del cambio».

Todo se volvió negro y lo último que recuerdo es al profesor recogiendo mi cuerpo del suelo, dándole la bienvenida.

No sé cuántos más habrá cambiado ya, ni cuáles son sus intenciones; solo sé que esa no soy yo.

Mi conciencia sigue en el bosque, entre las flores brillantes, que ya no me llaman, solo hablan conmigo y me dicen que tenga paciencia, que pronto vendrán más y ya no estaremos solos en el bosque.





La tienda de las cosas perdidas

Escribe

TAXMIN

Ilustra

KREACHER LODOIS

La primera vez que Elian encontró la tienda, no la buscaba. Volvía a casa una noche sin luna, por el Callejón Knockturn, donde las lámparas apenas arañaban la sombra, cuando reparó en una puerta que nunca había visto. Sin escaparate. Sin nombre. Solo un pomo de latón y una frase grabada:

NADA SE PIERDE. TODO TIENE UN PRECIO.

Entró. Una campanilla sonó sobre su cabeza.

Por dentro era mucho más grande de lo posible. Estanterías sin fin subían hasta un techo perdido en la sombra, cargadas de frascos con luces de colores, relojes parados y fotografías de gente que nadie había reclamado. Tras el mostrador, una anciana.

—¿Qué busca?

—Nada.

—Entonces ha venido al lugar correcto.

Elian iba a marcharse cuando vio un frasco con una luz dorada.

—¿Qué es?

—La felicidad de un mago que murió hace cuarenta años.

Soltó una risa nerviosa.

—¿Y alguien compra eso?

—Todo el mundo compra algo cuando descubre cuánto le pesa lo que lleva dentro.

La frase lo clavó al suelo. La anciana le explicó que allí se comerciaba con recuerdos y sensaciones: un primer beso, el olor de la infancia. También se podían vender.

Elian pensó en el miedo. Desde niño le aterraba la oscuridad, un pánico absurdo que ni un *Lumos* había logrado vencer.

—¿Cuánto me daría por él?

—Nada. —La mujer lo observó largamente—. Hay cosas que uno pagaría por no sentir.

Aceptó. La anciana extendió la mano y Elian notó un frío repentino detrás de los ojos. Después, nada.

Esa noche apagó todas las luces y la oscuridad no le provocó absolutamente nada. Se durmió enseguida.

Despertó de madrugada. Una silueta estaba sentada al pie de la cama, inmóvil, como esperando. Elian la miró un instante, bostezó y volvió a dormirse.

Los días siguientes fueron una liberación. Cruzaba las calles sin mirar, se reía de lo que antes lo habría paralizado. Cada madrugada despertaba y volvía a verla, sentada a los pies de la cama, un poco más encogida cada vez. Cada madrugada se dormía de nuevo.

Hasta la noche en que su hermana Mara, aprendiz en San Mungo, no volvió a la hora prevista. Pasó una hora. Luego dos. Elian cenó, recogió la cocina y se puso a leer.





Fue al mirar el reloj, a las tres, cuando notó que no había sentido nada. Ni un nudo, ni el impulso de ir a buscarla. Mara podía estar herida en cualquier callejón y él seguía pasando páginas.

Ella llegó a las cuatro, riendo. Él ni la miró.

Al irse a acostar, se vio en el espejo del pasillo y lo entendió.

No había vendido su miedo. Había vendido la parte de sí mismo que sabía cuándo debía tenerlo.

Volvió al callejón al día siguiente. No había puerta, ni fachada, ni rastro. Tampoco la segunda noche ni la tercera. A la cuarta, la puerta estaba entreabierta y del pomo colgaba una nota:



La anciana lo aguardaba. Sobre el mostrador, un frasco con una luz temblorosa. Elian la reconoció al instante.

—¿Quién lo compró?

—Todavía nadie. Estuvo noches sentado a los pies de su cama, intentando volver. Usted ni lo miró.

A su espalda, de miles de frascos llegaban pequeños sollozos. Debían de ser los miedos de otros, abandonados por magos que ya no sabían tenerlos.



—Puede recuperarlo —dijo la anciana—. Pero ahora tendrá que pagar con otra cosa.

Sacó de debajo del mostrador un frasco vacío con una etiqueta: «Mara».

—Con lo que todavía siente por ella.

Elian miró su miedo. Y por primera vez desde aquella noche sin luna, deseó desesperadamente sentir miedo.

Pero ya no sabía cómo.





El reflejo en la Torre de Astronomía

Escribe

ANNA_RAW_SCA

Ilustra

SARYSPROUT

Las piedras del castillo retienen el frío de tantos siglos, pero ese domingo, el aire en el pasillo del último piso estaba extrañamente denso, helador. Rose Anne Hummingbird no pretendía romper las normas, pero, como buena Ravenclaw, había perdido la noción del tiempo dibujando en su libro de *Transformación avanzada* en la Torre de Astronomía. Después de la cena recordó que se había dejado olvidado el libro allí y quería recuperarlo. El toque de queda había pasado hacía apenas unos diez minutos; con un poco de suerte pasaría desapercibida, como siempre.

Mientras subía las escaleras de caracol, el eco de sus propios pasos empezó a sonar descoordinado:

taap...

taap,

tap...

tap,

Se frenó en seco; el eco continuó unos segundos más antes de cesar y ser cubierto de un olor pestilente similar al de la descomposición de la carne y al agua estancada juntos.

—*¿Filch? ¿Está ahí?* —susurró mientras sacaba su varita—. *¿Señora Norris?*

Nadie respondió: ni una regañina, ni un maullido. El silencio era sepulcral.

Sacó el mapa arrugado de su bolsillo, lo abrió, pero la tinta se había corrido, emborronando los pasillos con siniestras manchas negras. Desconcertada, guardó el mapa y murmuró: *Lumos*. Una pequeña luz brotó de la punta de su varita mientras esta se agitaba.



Las escaleras por encima parecían inmensas. Al llegar a la cima de la torre, el telescopio apuntaba hacia un cielo sin estrellas.

—*Qué raro...* —susurró.

En el centro de la sala, el gran espejo con un marco de plata, que solía usarse para alinear las constelaciones, reflejaba la habitación.

Rose Anne se acercó; fue entonces cuando vio algo diferente en el espejo.

Era ella, ¿o no?, parecía difuminada como una sombra y tenía sangre por todo el cuerpo.

Era ella, ¿o no?, parecía difuminada como una sombra y tenía sangre por todo el cuerpo.

No parecía un fantasma común, porque los fantasmas de Hogwarts brillaban con una luz plateada y flotaban con gracia. Esta sombra parecía arrastrarse lenta y torpemente, como paralizando el tiempo.

Rose Anne sintió que el corazón se le congelaba.

Soltó el libro del susto y una sombra, entre gris y pálida, con un rostro con ojos completamente negros, nariz ínfima y una boca circular erizada de dientes concéntricos, que soltaban una sustancia viscosa y oscura sobre las vigas de madera, se movió hacia el techo. Ella sacó su varita y apuntó hacia allí:





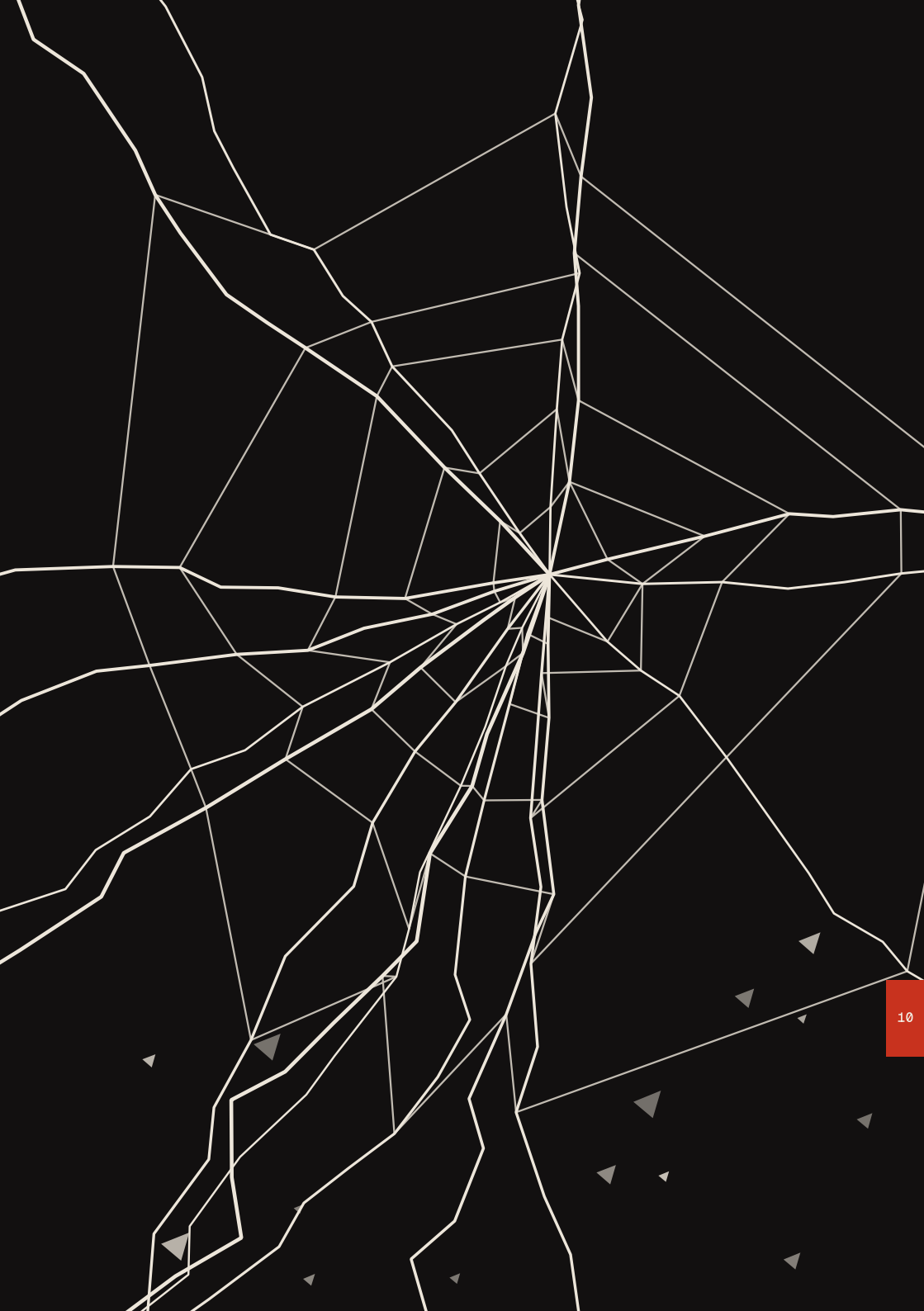
La luz cegó la sala. Rose Anne miró hacia arriba, pero no había nada: el techo de madera estaba completamente vacío y limpio. Solamente quedaba polvo flotando en el aire.

Soltó un tímido suspiro y culpó a su imaginación, por el recuerdo de las últimas clases del profesor Remus sobre los boggarts. Se agachó, recogió su libro y se giró con intención de salir, pero, casi de forma inconsciente, su mirada se posó en el espejo de plata.

En el reflejo, la oscura sombra ya no estaba en el techo. Estaba de pie justo detrás de ella, medio difuminada, envolviéndola con sus largos y delgados brazos, con la boca abierta de par en par y acercándose lentamente hacia su cráneo. Lo más terrorífico para ella no era la criatura, sino ver el cambio en su propio reflejo, que había tornado a unos ojos que sangraban oscuridad y una sonrisa vacía y monstruosa como la del ser cercano que la apestaba.

Rose Anne intentó gritar, pero de su garganta no salía nada; intentó correr, pero sus piernas no le respondían; nada retenía su cuerpo, pero su reflejo casi pertenecía al mundo de la sombra. En la Torre de Astronomía todo quedó congelado y en silencio, salvo por el susurro de un

último encantamiento seguido de un estruendo ensordecedor de cristales rotos que no dejaron escuchar el último impacto de una varita al rodar por el suelo mientras se apagaba lentamente, como si todo se desvaneciera.



Al día siguiente, los primeros estudiantes que subieron a la Torre se encontraron el lugar sumido en un frío invernal. El gran espejo de plata estaba hecho añicos en mitad de la sala. Junto a los restos, el libro de Rose Anne estaba intacto, pero de ella no había ni rastro.

A la hora de la comida, Rose Anne apareció como si nada en el Gran Comedor. Sonrió, como hacía habitualmente, a sus compañeros y abrió un libro de Astronomía. Todo parecía estar envuelto de normalidad: ella respondía con ingenio a sus profesores; sin embargo, quienes la conocen notaban algo extraño en sus gestos y su comportamiento.

Su mirada ya no brilla igual, apenas parpadeaba, evita a toda costa pasar por delante de las superficies más pulidas y lo más extraño es que, cuando la luz del sol se refleja directamente en sus ojos, sus pupilas no se contraen: permanecen tan grandes, fijas y oscuras como el fondo de un pozo vacío.

CONTINUARÁ...





Hoy no

Escribe

PABLO

Ilustra

ARI MULAM VARITAS

Llovía en Hogwarts aquella fría noche de octubre. Las gotas golpeaban los altos ventanales del castillo y el viento se colaba entre las viejas piedras con un silbido tenue. A aquellas horas, los pasillos estaban completamente vacíos. El silencio solo se rompía por el lejano ulular de las lechuzas, el croar de algún sapo en los terrenos y el eco apresurado de unos pasos sobre el suelo de piedra.

Elliot Marsh corría de regreso a la sala común, sujetando la túnica para no tropezar con ella. Había pasado ya el toque de queda, y la última vez que lo habían encontrado vagando por los pasillos a esas horas había terminado con una semana de castigo.

Esta vez no pensaba dejarse atrapar.

Doblando una esquina, redujo el paso.

Algo había cambiado.

El pasillo que tenía delante parecía más largo de lo que recordaba. Elliot estaba seguro de no haber pasado nunca por allí y, desde luego, no recordaba la puerta entreabierta que se alzaba al fondo.



No tenía tiempo para investigar. Dio media vuelta dispuesto a buscar otro camino, cuando una voz llegó desde el interior de la habitación.

Elliot se quedó inmóvil.

Conocía aquella voz.

—¿Oliver?

Frunció el ceño. ¿Qué podía estar haciendo allí a esas horas?

—¿Oliver? —repitió Elliot, acercándose unos pasos.

Silencio.

Una pequeña ráfaga de viento procedente del interior de la sala empujó la puerta y la dejó un poco más abierta.

—Elliot... —susurró la voz desde el interior—. Ayúdame.

Aquello bastó para que olvidara el toque de queda.

Con un movimiento lento, abrió la puerta.

La sala estaba casi a oscuras. Los relámpagos que se filtraban por una pequeña vidriera iluminaban fugazmente las paredes, y una solitaria vela ardía sobre un pupitre en el centro de la habitación.

Sentado junto a él, de espaldas, estaba Oliver.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Elliot.

Silencio.

—Sabía que vendrías.

Elliot se detuvo.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Aquella voz se parecía a la de Oliver, pero sonaba más lenta, más vacía.

—Vamos. Tenemos que volver.

Oliver soltó una pequeña risa.

—¿Volver adónde?

Elliot sintió cómo se le encogía el estómago.

Oliver comenzó a girarse lentamente.

—Ellos no te quieren allí, Elliot.

El corazón de Elliot dio un vuelco.

—Cállate.

—Solo te soportan porque les das pena.

Elliot se llevó las manos a los oídos y comenzó a retroceder.

¿Cómo podía saber aquello?

Oliver terminó de darse la vuelta.

Su sonrisa era demasiado grande.

—Te van a dejar solo —dijo Oliver.

Elliot negó con la cabeza.

—Tú no eres él.

La sonrisa se ensanchó aún más.

—¿Seguro?

Durante un instante, la habitación desapareció.

Elliot volvió a ver la sala común, pero estaba vacía. No había nadie junto al fuego, nadie jugando al ajedrez mágico, nadie esperándolo. Solo él.

Entonces escuchó risas a su espalda.

—Esperad —gritó.

Ninguno se volvió.

—No les importas —susurró la voz de Oliver, aunque ya no sabía de dónde procedía—. Nunca les has importado.

Elliot apretó los dientes y buscó su varita con manos temblorosas.

—¡*Riddikulus!*

Nada ocurrió.

Las risas aumentaron.

El corredor pareció hacerse cada vez más largo y sus amigos más pequeños, más lejanos.



— *Te quedarás solo.*

Elliot cerró los ojos.

Por un momento quiso creerlo.

Recordó cada vez que había pensado que molestaba, cada conversación que se detenía al entrar en una habitación, cada mirada que había interpretado como desprecio.

Pero también recordó a Oliver esperándolo después de clase. Las tardes junto al fuego. Las veces que sus amigos habían vuelto a buscarlo cuando se quedaba atrás.

Tal vez algún día todo aquello terminara.

Pero no había terminado todavía.

Elliot abrió los ojos.

*—Puede que algún día me quede solo —dijo
—. Pero hoy no.*

Levantó la varita.

—¡Riddikulus!

El falso Oliver se quedó inmóvil.

Su enorme sonrisa comenzó a retorcerse hasta que sus dientes crecieron de forma absurda, impidiéndole cerrar la boca. Intentó hablar, pero solo consiguió emitir un ridículo silbido.

Elliot soltó una carcajada.

La figura se encogió de golpe y desapareció en la oscuridad.

La habitación volvió a quedar en silencio.

Elliot salió corriendo.

A la mañana siguiente regresó al mismo lugar acompañado de Oliver.

El pasillo estaba allí.

La puerta no.

—Te dije que anoche bebiste demasiado zumo de calabaza —bromeó Oliver.

Elliot sonrió, aunque no respondió.

Cuando ambos comenzaron a alejarse, un débil susurro surgió de detrás de la pared.

—*Hoy no.*

Quién escribe y quién dibuja

Once miembros de la comunidad respondieron a la llamada de Halloween subiendo su relato al servidor, y otros tantos les pusieron imagen. Este es el orden en que llegaron los relatos.

01	<i>The Black House</i>	23/9/2026
<i>Escribe</i>	Evil_Hufflepuff	<i>Ilustra</i> Lily_auryn
02	<i>La sombra del Invernadero 4</i>	24/9/2026
<i>Escribe</i>	Duna Kumika	<i>Ilustra</i> Roxxan Campbell
03	<i>Compañero perfecto</i>	24/9/2026
<i>Escribe</i>	Marta	<i>Ilustra</i> Lady_Spagueti
04	<i>Una leyenda más</i>	28/9/2026
<i>Escribe</i>	Roxxan Campbell	<i>Ilustra</i> Duna Kumika
05	<i>Manías de anciano</i>	29/9/2026
<i>Escribe</i>	Kreacher Lodois	<i>Ilustra</i> SdeSlytherinS
06	<i>La paz de la luna</i>	2/10/2026
<i>Escribe</i>	SdeSlytherinS	<i>Ilustra</i> Mer
07	<i>El último recuerdo</i>	3/10/2026
<i>Escribe</i>	Lady_Spagueti	<i>Ilustra</i> Escarbato
08	<i>El castigo</i>	3/10/2026
<i>Escribe</i>	Lily_auryn	<i>Ilustra</i> Javi
09	<i>La tienda de las cosas perdidas</i>	4/10/2026
<i>Escribe</i>	Taxmin	<i>Ilustra</i> Kreacher Lodois
10	<i>El reflejo en la Torre de Astronomía</i>	4/10/2026
<i>Escribe</i>	Anna_Raw_Sca	<i>Ilustra</i> SarySprout
11	<i>Hoy no</i>	4/10/2026
<i>Escribe</i>	Pablo	<i>Ilustra</i> Ari Mulam Varitas

Una casa que pide visitas. Una flor que se alimenta de pena. Un libro que promete compañía. Un espejo que devuelve a otra persona. Una tienda donde todo tiene un precio.

Once leyendas escritas por la comunidad para la noche más larga del año.

EVIL_HUFFLEPUFF · LILY_AURYN · DUNA KUMIKA · ROXXAN CAMPBELL · MARTA ·
LADY_SPAGUETI · KREACHER LODOIS · SDESLYTHERINS · MER · ESCARBATO · JAVI ·
TAXMIN · ANNA_RAW_SCA · SARYSPROUT · PABLO · ARI MULAM VARITAS

